

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

RAFAEL DE BALBÍN LUCAS.—**Días con Dios;**
«Adonais», LXXIX.

Se ha dicho, con evidente exageración, que un libro de la serie «Adonais» se parece a otro libro de la misma serie, como un huevo a otro huevo. La verdad es que, no obstante la innegable uniformidad de muchos de estos fascículos, la colección «Adonais» constituye en bloque el más generoso esfuerzo poético realizado hasta ahora entre nosotros. Que en ese conjunto de voces las hay muy variadas nos lo demuestra, entre otros, este minúsculo volumen en el que Rafael de Balbín, sin salirse de los temas y ritmos dominantes en nuestro tiempo, canta con voz personal y acento propio.

Por lo pronto descubrimos en estos poemas un sentimiento religioso a que no estamos acostumbrados. Y no es que el tema de Dios esté ausente de la poética actual; precisamente es uno de los preferidos. Pero, a vueltas de hablarnos de Dios en términos generales y abstractos con exceso, hemos terminado por ver en Él un ser lejano y un poco extraño a nuestras vidas e inquietudes. Digámoslo sin rebozo: el sentimiento religioso de nuestros líricos desemboca en una región fría y panteísta. Sentimiento inoperante, sin proyección apenas en el vivir diario, sin calor y dinamismo. ¿Influencias de Tagore? No lo sabemos. Frente a esto los poemas de Balbín nos hablan de un Dios presente y personal, el Dios que centra nuestros afanes y preside nuestros actos, el Dios de Amor, que se esconde tras el blanco velo de la Eucaristía. Aquí encuentra nuestro poeta su mejor clima y los motivos más inspiradores:

En el centro de mi vida
arde Dios en vivo hogar,
y quema en patena de oro
sarmientos de blanco pan.
Llamarada de luz pura
subiendo en mi sangre va,
y en mi corazón la gracia
vive azul su pleamar.

Otra fuente de inspiración para Balbín es el hogar. La breve serie de «Poemas familiares» responde a este íntimo sentimiento. Poesía recogida, caliente de afectos y, como siempre, concreta: la esposa, los hijos, con señas y nombres propios:

¡Primavera que se acaba,
verano que viene ya!
Mari-Concepción, esposa,
bella como el campo estás.

Y también el paisaje; no el paisaje diluído, esfumado, como entrevisto en momentos crepusculares, sino exacto, definido, de perfiles y colores netos. Así fué el de nuestros primeros paisajistas: la Soria de Machado, la Marina de Miró, la Salamanca de Unamuno. Después, la visión paisajística de nuestros poetas se ha difuminado, ha perdido su tono, se ha hecho convencional. Pero los «Poemas rurales», con que se abre este libro, nos hablan de un cielo, de un mar y de un campo inconfundibles. Esos eucaliptos, manzanos y castaños «anchos, grises, poderosos»; esa yerba de un verde único no pueden ser más que Asturias y, más concretamente, Villaviciosa. A veces, sin embargo, la visión localista se ensancha en un cuadro de amplias dimensiones:

Su túnica de brasa se desnudó la tarde
y duerme recostada contra la mar riente,
sobre la azul ceniza de la primera noche,
ha dejado doblarse la vespurada frente.

Oración de campanas ha rezado la tierra,
y las espumas blancas cantan su amén sonoro:
Dios recibe en ofrenda ingrávida y gozosa,
las golondrinas altas y las estrellas de oro.

Esta breve y deliciosa composición, que lleva por rítulo «Atardecer del mar», basta para definir a Balbín como un poeta que, sin renunciar a los módulos tra-

dicionales, sabe volcar en ellos los más exquisitos logros de la sensibilidad actual. En la lucha contra las formas ya gastadas, en esa lucha en que la mayor parte de nuestros líricos se han perdido, al tirar por el cómodo camino del *versolibrismo*, Balbín ha acertado con la solución más justa y racional: ni iconoclasia intemperante, que a nada conduce, ni fetichista devoción por formas hace tiempo caducas. Simplemente, renovación de aquéllas que aún son susceptibles de renovarse e intentos de crear otras nuevas. En este orden cabe destacar innovaciones métricas como la de los poemas «Cristo en mí» y «En la oración alegre», donde se ensaya, no sin fortuna, un nuevo verso eneasílabo, de acentuación muy movida y ritmo original.

E. D. E.

JOSE SIMON DIAZ.—**Historia del Colegio Imperial de Madrid.** Tomo I.—Madrid, 1952. C. S. de I. C., «Instituto de Estudios Madrileños». Un vol. de 620 págs. en folio, con 47 ilustraciones.

José Simón Díaz, cuya pericia investigadora y erudita está bien acreditada por anteriores realizaciones, anda ahora empeñado en la tarea de historiar la existencia del llamado Colegio Imperial de Madrid, antecesor del Instituto de San Isidro.

De 1572 a nuestros días corre la vida de este importante centro docente, distinguiéndose en la misma las siguientes cinco etapas: 1.^a, Colegio de la Compañía de Jesús (1572-1602); 2.^a, Colegio Imperial de la Compañía de Jesús (1603-1767, 1816-1820 y 1823-1834); 3.^a, Reales Estudios del Colegio Imperial (1625-1767); 4.^a, Reales Estudios de San Isidro (1770-1816, 1820-1823 y 1835-1845); y 5.^a, Instituto de San Isidro (1845 hasta el presente).

En 1560 se establecieron en Madrid los PP. Jesuítas y en 1572 comenzó a funcionar el Colegio. A la sazón regía el Estudio de la Villa—(Escuela de Gramática sostenida por el Concejo de la Villa de Madrid)—el maestro Juan López de Hoyos, famoso por su relación con Cervantes. Protestó López de Hoyos del intento de la Compañía, que él estimaba improcedente. El litigio se mantuvo

indeciso durante algún tiempo, dando fin en septiembre de 1619: el Concejo decidía suprimir el Estudio de la Villa, despedir al catedrático que lo regentaba y apoyar con sus medios el Colegio de la Compañía. Otros organismos oficiales subvencionaron también el establecimiento, que gozó además de cuantiosas donaciones de particulares.

Para la historia de nuestra literatura importa saber que Lope de Vega fué alumno de los Jesuitas, tal vez por los años 1572-1574 y que, posteriormente, continuó en excelente amistad con el Colegio y con la Compañía. También es posible que D. Francisco de Quevedo asistiese a estas aulas de 1592 a 1596.

El 26 de febrero de 1603 falleció en Madrid la emperatriz D.^a María de Austria, hija de Carlos V. En su testamento consignaba importantes mandas con destino al engrandecimiento del Colegio, que en virtud de un deseo de la ilustre difunta pasaba a denominarse Colegio Imperial.

La dilatada vida del Colegio Imperial fué próspera y eficiente a lo largo de todo el siglo XVII y parte del XVIII, hasta la expulsión de los PP. Jesuitas en 1767. Destacaremos de tan vasto conjunto tres distintos e importantes sucesos, a saber: 1.^o La justa poética de 1622, con motivo de la canonización de S. Ignacio de Loyola y de S. Francisco Javier, a las que se juntaron la de Santa Teresa de Jesús y la de S. Isidro Labrador; 2.^o La creación de los Reales Estudios: mes de enero de 1625, con toda energía protestada por las Universidades de Alcalá y Salamanca, que consideraban peligrosamente amenazada su propia vida. (Vid. los caps. VI y VII del libro que reseñamos, en los que se ofrece puntual noticia de tan litigiosa cuestión). «En realidad—concluye Simón Díaz—ninguno de los dos bandos logró el triunfo de esta incruenta batalla. La Compañía consiguió llegar a puerto y realizar el proyecto; las Universidades, que se suprimiese la cátedra de Súmulas y Lógica, que se prohibiese la concesión de grados y se disminuyese la dotación»; 3.^o La fundación por Felipe V, en 1725, del Real Seminario de Nobles, que tiene como «fin principalísimo... enseñar, y dirigir a sus alumnos a ser caballeros cristianos, criándolos en toda virtud, para que después con sus palabras, y con sus ejemplos, puedan enseñar a sus familias los ejercicios de virtud, piedad, y modestia cristiana», y como «fin menos principal, aunque principal también, que se instruyan en aquellas facultades, y ciencias, que más adornan a la nobleza».

Diez apéndices completan el contenido de este tomo, con sus correspondientes índices onomástico, topográfico, de materias y de ilustraciones. Interesa grandemente el primero de los apéndices, en el que se da el texto de la Relación de las fiestas y justa poética organizadas por el Colegio, en 1622, por el

motivo más arriba indicado, Relación que compuso D. Fernando de Montforte y Herrera, quien dice ser capellán del Colegio, si bien alguien sospecha que es obra del P. Fernando Chirino de Salazar, jesuíta residente en el mismo. Diez y ocho temas, relacionados con los santos cuya canonización se celebra, fueron propuestos a los concursantes. Lope de Vega actuó de secretario del certamen: «uno de los episodios de la réplica dada por él y sus amigos al organizado en la ciudad de Toledo por los seguidores de Góngora con motivo de la coronación de la Virgen del Sagrario», 1616. Calderón, Mira de Amescua, Francisco López de Zárate, Luis Belmonte Bermúdez, Guillén de Castro, Luis Tribaldos de Toledo, Juan de Jáuregui, Anastasio Pantaleón de Ribera y otros renombrados autores figuran entre los premiados y participantes. Monforte y Herrera ha cuidado de recoger en su Relación buen número de poemas, a más de los que obtuvieron algún galardón. El interés de este libro y su rareza le hacían merecedor de la reedición.

Por éste y otros extremos se justifica plenamente el trabajo de José Simón Díaz y se hace digno de elogio. En el tomo II y último se nos contará la historia del Colegio Imperial desde 1770 hasta hoy: etapas 4.^a y 5.^a, etapas seculares salvo los dos brevísimos actos de presencia de los PP. Jesuítas—de 1816 a 1820 y de 1823 a 1834—. Con tan considerable aportación a la historia de Madrid, a la de la enseñanza en España, a la de nuestras letras se inicia felizmente una «Biblioteca de Estudios Madrileños» a la que deseamos larga y brillante existencia.

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

ARGENSOLA, LUPERCIO Y BARTOLOME LEONARDO DE.—**Rimas**.—Edición, prólogo y notas por José Manuel Blecuá. Dos volúmenes.—Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1950 y 1951.

Siempre juntos, hermanados siempre se presentan ante nosotros los Argensola, los *Lupercios* como los nombró Cervantes en cierta ocasión. Ya el maestro José de Valdivielso en la aprobación de la edición príncipe de ambos poetas escribía: «...hermanos tan hermanos que pudieran pleitear la hermandad y la colocación en el Zodiaco con los mellizos de Leda por más uno, pues parece vivían *cor unum, anima una*». Son bastantes las coincidencias en vida y en obra, más tal

vez y de más bulto que las diferencias, y ello complica no poco la tarea discriminadora.

José Manuel Blecua —uno de los más prestigiosos nombres de la investigación literaria española— dedica un tomo a cada hermano. Tras su lectura la impresión de semejanza entre ambos crece. Idéntica postura estética da como resultado una lírica idéntica, salvo leves y contados matices.

Se acostumbra a ver en los poemas de los Argensola un premeditado antídoto contra los excesos de los secuaces gongorinos, como si ellos hubieran tomado partido resueltamente en contra de uno de los bandos existentes en la poesía española de entonces. Sin duda el error procede de aquellas palabras de Lope: «...parece que vinieron (los Argensola) de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana, que padece por novedad frasis horribles, con que más se confunde que se ilustra», palabras tenidas por válidas sin más demorado análisis. No hay tal reacción anti-Góngora, no hay compromiso previo con facción alguna. Los Argensola jamás se apartaron de una firme línea de conducta trazada. «La poesía de Lupercio Leonardo—aclara Blecua—no puede presentarse (y tampoco la de su hermano) como una reacción anticultista. Aunque pertenece a la generación de Góngora y Lope, Lupercio es desde un principio un fiel representante de la tendencia académica, clasicista, del Renacimiento. Si tenemos en cuenta que él confiesa en los tercetos leídos ante los académicos madrileños ser tan afirmativo y tan constante que antes que en él «se imprima forma nueva, se imprimirá la cera en el diamante», nos explicaremos su uniforme actividad literaria y las escasas veleidades que se permitió desde un principio».

Blecua ofrece una documentada biografía de Lupercio (1559-1613) y de Bartolomé (1561-1631). Informa con pormenor sobre la edición de sus obras poéticas, desde la príncipe -1634-, al cuidado de Gabriel Leonardo, el hijo de Lupercio, hasta los ensayos parciales inmediatamente anteriores a la suya. Para ésta ha utilizado Blecua 35 manuscritos y se ha servido de 49 impresos. En sendos capítulos estudia la producción de cada hermano, clasificados sus poemas en amorosos, satíricos, religiosos, morales, de circunstancias y traducciones. El primer tomo recoge los de Lupercio -a los 94 que dió su hijo añade Blecua otros 57 auténticos-; el segundo, los de Bartolomé—197 que dió Gabriel Leonardo más 91 que da Blecua—. (Ha de advertirse que 197 y 91 son cantidades brutas, puesto que incluyen composiciones dirigidas a Bartolomé por diferentes autores).

Los capítulos introductorios, las notas marginales, el depurado texto de los poemas acreditan la segura maestría de José Manuel Blecua.

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

DON JUAN MANUEL.—**Libro Infinito y Tratado de la Asunción.**—Estudios y edición de José Manuel Blecua. Granada, 1952.

En la Colección Filológica que dirige en la Universidad de Granada Manuel Alvar, edita ahora el profesor Blecua dos breves e interesantes libritos del gran prosista del siglo XIV.

Al texto precede una introducción (pág. VII-XLV) en que se examinan los mss. y ediciones de estos tratados, la fecha de su composición, (que sitúa B. antes de 1339 para el *Infinito* y después de 1342 para la *Asunción*), su contenido y su originalidad. La originalidad del *Infinito*, consiste, como señala acertadamente B., en que, siendo el libro un ejemplo más de la literatura de «castigos y documentos», se separa de este tipo de obras docentes por ir dirigidos a su hijo y sólo a su hijo, «de tal modo—escribe B.—que muchos consejos son intransferibles», y porque—en contra del parecer de la Sra. Lida de Malkiel—«son todas cosas que yo prové», como el editor demuestra con algunos ejemplos.

La edición es impecable. Con la escrupulosidad característica de B. se señalan a pie de página las variantes de las copias modernas del ms. de la B. N. y las correcciones que se hacen al texto. Además, el editor procura relacionar determinados pasajes con otros del mismo don Juan Manuel y con los de otros autores, los «castigos y documentos» de Sancho IV, las obras de Alfonso X, etc., de manera que las ideas expresadas queden o bien aclaradas, o bien dentro de la tradición didáctica que las informa. Al final hay un glosario, donde se recogen los vocablos más interesantes, que cumple la doble utilidad de dar al erudito la referencia al texto, y al lector menos especializado la traducción moderna de esas voces.

E. A. LL.

JOSE MOR DE FUENTES.—**Bosquejillo de su vida y escritos.**—Prólogo, edición y notas por Manuel Alvar. Universidad de Granada, 1951. 4.º—195 páginas.

En los epígonos del siglo XVIII español se presentan tres generaciones de escritores: la que *Pinder* llama del 70, y a la que pertenecerían Nicolás Fernández

de Moratín y Jovellanos; la que aparece unos diez años más tarde, integrada por Meléndez Valdés, Vargas Ponce, Leandro Fernández de Moratín, *Mor de Fuentes* y Cienfuegos, generación que se distingue por los preludios románticos que en ella se ven; y la última, que agrupa a Quintana, Gallego y Martínez de la Rosa.

M. A., en unas páginas luminosas, estudia los caracteres de estas generaciones, especialmente la segunda, que es la que le interesa directamente. La califica de «inadaptada, *extravagante* — que anda fuera de algo». Es una generación que acepta el magisterio de Jovellanos y Moratín padre y polemiza con los inmediatos seguidores, tratando de situarse en la historia, pero sin lograrlo. Esto explicaría la lucha que mantiene constantemente Mor de Fuentes durante su larga vida, y que le arrastra a grandes injusticias al juzgar a muchos de los literatos contemporáneos suyos. Es curiosa la cita que del *Elogio de Cervantes* copia A.: «En España Boscán, Garcilaso, León, Herrera y demás dieciséisenos, seguramente no versificaban con el despejo, tersura y perfección de Meléndez, Arriaza, Tapia y doña Vicenta Maturana».

A Mor de Fuentes le cegaba el amor propio hasta despojar su entendimiento de toda indulgencia. Su vida literaria está sembrada de rasgos visibles de este deplorable impulso moral. Sirvan de ejemplo las siguientes palabras de su *Bosquejillo*: «No quise publicar mi poema *La Abatomaquia* por no apesadumbrar a Quintana, pues algún pasagonzalo había de llevar».

En él, el hombre valía más que el escritor; y en el escritor, más el narrador que el crítico y el poeta. De poeta, a pesar de las ilusiones que Mor abrigaba, tenía muy poco. El cosmopolitismo, que se ha señalado como una característica del siglo XVIII, y especialmente de la generación de Mor, le arrastra a versificar en varias lenguas. Escribe poesías en latín, francés, italiano, inglés, alemán y griego: «Me encalabriné en componer un canto heroico a los griegos modernos en el antiguo dialecto ático, y mi desempeño fué como el del pintor de la Argamasilla, que según Teresa Panza, no acertó con tanta baratija. Encasquetóseme también el componer una oda en alemán, intitulada *La Patria*, y en esta parte fué todavía mayor mi torpeza, y mi amarguísimo desengaño, cuando una señora alemana me manifestó, en Tolosa, un sinnúmero de yerros» (*Bosquejillo*, pág. 117).

El *Bosquejillo de su vida y escritos* posee indudable interés. Se lee con gusto, a pesar de los muchos defectos de estilo, porque en él se nos van presentando en una revista rápida, personajes y cosas, a veces conocidos, bajo luces nuevas, inesperadas. Y Mor, que solía ser bastante sincero, nos apunta de pronto en una frase todo un trozo de historia española, o una caracterización rápida, como cuando nos dice de Godoy, con quien se tropezó en París: «Siguió en estos términos, casi requebrándome como a una Dulcinea, por donde inferí que

no era tan irracional como suponíamos y pregonábamos cuantos no lo habíamos tratado» (Pág. 149).

El prólogo que M. A. puso a su edición abunda en aciertos y en visiones claras de los problemas de nuestro siglo XVIII; su fino espíritu crítico selecciona los hechos y nos los presenta en síntesis, de esas que tan pocos saben hacer.

Por desgracia estuvo ausente de España mientras se componía la casi totalidad del libro, lo cual ha sido causa de que se presente con bastantes erratas, que deslucen la edición. Algunas están corregidas al final, pero hay otras que se le han pasado por alto, y que debieran haber sido igualmente señaladas.

JOSE CASO GONZALEZ

ALONSO ZAMORA VICENTE.— **Presencia de los clásicos.**—Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951. C. Austral.

No es libro de investigación el que hoy cae en nuestras manos. No tiene muchas notas ni abundantes páginas. No se tratan en el grandes problemas literarios. No es un libro transcendental ni de consulta obligada.

Y el libro, sin embargo, interesa, casi apasiona. ¿Por qué?

Desde el título se nos anuncia la intención del autor: *Presencia*. Nos vamos a poner ante varios clásicos de nuestra literatura, en soledad con ellos y con nosotros. Vamos a deleitarnos en su eterna primavera. El dato, la erudición, se quedarán encerrados, siquiera sea un par de horas.

Lázaro de Tormes. Se nos habrá hablado de su realismo. Se nos habrá dicho que era una novela picaresca (la palabra *pícaro* había gastado, incluso, bastante tiempo de los estudiosos). Pero no se había resaltado su situación en la literatura de su tiempo. Z. V., con un estilo azoriniano (hay que llamarlo de algún modo; en realidad, ¡qué lejos de la variedad de Azorín!), muy apto para condensar, para «los puntos de meditación», resucita (esta es la palabra exacta) ante nosotros varios libros: *Cárcel de Amor*, *Amadís*, *Los siete libros de la Diana*, *Abencerraje*. De 1492 a 1551. Cuatro flechas tensas en la rosa de los vientos y un latido total, europeo, de pulso histórico del tiempo. Pero, quedaba un hueco, faltaba lo totalmente nuestro, lo español. Y ahí está: *Lazarillo de Tormes*, 1554.

Tirso de Molina. Uno de los autores más necesitados de un real acercamiento, nos dice Z. Nos detenemos demasiado en el *Burlador*, en *El Condenado*, olvidán-

dones del resto de su obra. Y hay que buscarle; y para ello leerle. Y leyendo a Tirso nos encontramos, primero, que es poeta. Es decir, aquí y allí saltan lugares de auténtica lírica. Frente a esta poesía surge otra faceta: el cultivo de la zafiedad, la grosería llevada al extremo y regaladamente expuesta (el chiste del gracioso, el juego de palabras, «de una gracia muy de segunda mano», la caricatura de las instituciones consagradas). El contraste.

La obra de arte—¿cómo no?—es producto indudable, al menos en parte, de la época. Sí, Velázquez y Tirso, Van Ostade y Tirso, acaso no se conocían, no pensaban el uno en el otro; sus obras no tienen relación de dependencia. ¿Qué importa? Todos ellos están inmersos en unos quehaceres comunes. De aquí sus puntos de contacto. Y surge uno: la pintura de interiores, que se encuentra en Tirso, igual que en *Las Meninas*.

¿Quién lo pensaría? ¿Tirso nuestro, Tirso en una técnica actual? Pues sí, a Z. se le ocurre una palabra—que ya se prodiga, lo dice él; pero que es exacta—: cinematográfico. Los cambios rapidísimos, el ir y venir de los gestos, de las situaciones; y a cada cambio, un estado.

Y con este Tirso fragmentario Z. nos destaca su enorme grandeza, su «inalienable actualidad».

Llegamos al tercer ensayo, que creemos el más importante del libro. Ahora es el escudero *Marcos de Obregón*. Se había insinuado, sí; pero no se había dicho aún, y teníamos ganas de verlo escrito: el *Marcos* no es novela picaresca. Z. quiere hacer alguna salvedad, no se atreve a decirlo rotundamente. «Sí, tiene algo de picaresca—no hay por qué empeñarse en negarlo—pero es, siempre, adjetivo y externo, más bien un ropaje forzoso, que armoniza bien con el fondo total». No, esto no es picaresco. O entonces también tiene algo de picaresco el Quijote, o cualquier otro libro. Algunos puntos de contacto existen siempre; pero eso no es lo esencial, lo definitorio. El pícaro es un rebelde social, luchando con astucia, como Dios—o el diablo—le da a entender. Nada de esto hay en el *Marcos*. Lo demás se puede encontrar en cualquier forma novelesca. Mas adelante nos dice Z. V. en qué se parecen Marcos de Obregón y Lázaro, Guzmán, Pablos: «tienen que buscar su pan cotidiano haciéndose los pegadizos a quien lo tiene por fortuna o por genealogía». No me parece exacto. Será plenamente verdad en cuanto a Lázaro; no lo es respecto a los demás. Recordemos las andanzas de Guzmán en Génova, cuando llega a esta ciudad por segunda vez, o el robo de Milán; recordemos muchos momentos de Pablos. Y creo que podremos concluir que eso no define totalmente al pícaro, aunque es uno de sus ingredientes, como lo es, por ejemplo, de Sancho.

Pero esto, con ser mucho, es lo de menos en el ensayo de Z., porque éste bucea en los hondones del libro y busca la línea soterrada de lo autobiográfico.

Ya lo había señalado Valbuena, pero hasta él nadie había analizado con parsimonia esos hilos tenues que anudan a Espinel y su obra.

No es el *Obregón* un hito decisivo en las formas, pero es un libro de su tiempo y está más cerca de Herrera que de Góngora. Señalamos, por último, entre los múltiples detalles de este ensayo—tantos que es imposible analizarlos todos—, el estudio de la naturaleza en el *Marcos de Obregón*, porque Espinel se acerca a ella con una mirada totalmente nueva, y ésta es quizá su mayor aportación.

Ahora se comprenderán las palabras, que sobre este libro de Z. V., catedrático de Filología Románica de la Universidad de Salamanca, he escrito al principio. Su estilo terso, cuidado, sin fárrago, y su intención de acercamiento cordial a los clásicos, lo hacen profundamente interesante. Yo lo he leído, sin cerrarlo, dos veces.

JOSE CASO GONZALEZ